





# ROBER EL VIVO

en

*Cachitos de mi vida*



DiQueSí



© Ediciones DIQUESÍ  
© de la autora: Cecilia Alonso  
Ilustraciones: Miguel Ángel Sáez  
Edición: María J. Gómez  
Diseño: Estelle Talavera

[novedad@edicionesdiquesi.com](mailto:novedad@edicionesdiquesi.com)

[www.edicionesdiquesi.com](http://www.edicionesdiquesi.com)

ISBN: 978-84-121529-5-1

Depósito Legal: M-25542-2021

© Todos los derechos reservados

1ª Edición: Madrid 2021

Impreso en España por Estilo Estugraf S.L.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin permiso previo del editor.

*Para Rober y Luci,  
que decidieron crecer.*

*Para las cebras.*





UNO

Vivito y coleando



Hola, lectores. Me llamo Rober. Soy amigo de Antxón y de su novia, Noa. Si ya habéis leído sus historias, sabréis que son zombis. Son muertos vivientes. Es decir, están muertos pero viven. A ver, que os lo explico con más detalle, aunque se me da fatal *exprimirme* bien.

Se levantan por la mañana y parecen normales. Pero a medida que pasa el día se van pudriendo y se les caen partes del cuerpo: un brazo, un párpado... También se les sueltan extremidades si empiezan a estar pasaditos y les tiras fuerte. Por la noche se sumergen en una especie de sueño ligero que llaman "letargo". Mola mucho lo del letargo, tienen los ojos medio abiertos, o medio cerrados, según lo quieras ver. Da bastante grima. Al día siguiente se levantan con todas las partes del cuerpo

que habían perdido el día anterior regeneradas, y por la mañana están frescos y oliendo a rosas.

Yo no soy zombi. Yo estoy vivo. Desde siempre, desde que nací.

Además de estar vivo, es el apodo que me pusieron en el colegio: Rober el Vivo. Me lo puso la tonta de Celia, claro. Y eso que cuando me lo puso, ella no sabía si yo estaba vivo, muerto, era un zombi o solo estaba empanado. No lo sabía ni ella ni nadie, porque estos últimos días me ha pasado de todo. DE TODO. Por eso quería explicároslo. Para una vez que soy el protagonista...

Os lo cuento en primicia.



Todo empezó el día que Celia llegó a clase. Era nueva, pero ella no entró en el aula avergonzada y tímida, como haría una persona normal que acaba de cambiar de cole. No, qué va. Celia entró en clase con aire decidido. Soltó su mochila verde encima de la mesa de la profe y, sin darle tiempo a decir nada a la señorita Olga, que nos estaba dando la lección aquella mañana, se presentó.

—Hola, me llamo Celia. Soy de San Sebastián de los Reyes, y me han pasado a este curso porque soy superdotada —soltó con una seguridad inesperada para una chica tan bajita.

“Qué simpática”, pensé mientras Noa y Olivia, que es mi novia, intercambiaban miradas de “¿y esta de dónde ha salido?”.

—Por eso, porque soy muy inteligente, aunque tenga dos años menos que vosotros, han decidido que debo ir dos cursos por delante, ¿entendéis?

Me puse a pensar en los niños que estaban dos cursos por debajo de nosotros; todavía jugaban a los coches en el recreo. Esa niña, en cambio, parecía salida de una serie de la tele, de esas en las que los niños hablan como personas mayores. Sí que debía de ser lista, sí.

Después de soltar dos o tres frases más, se hizo el silencio. Ni siquiera la señorita Olga sabía qué decir, y eso que en ocasiones habla sola.

Celia no esperó instrucciones. Recogió su mochila verde de la mesa y cruzó el aula. Se sentó justo detrás de mí, lo que no era buena idea, porque soy el más alto de la clase. Quise ser simpático, porque me imaginaba lo duro que debía de ser entrar en un colegio nuevo y no tener amigos.



—Es mejor que te sientes aquí al lado —le dije, intentando sonar amable—. Conmigo delante, puede que no veas bien.

—Vaya, no me había dado cuenta —me respondió sin sonreír.

Fue raro, porque a pesar de oírme y de contestarme, no se movió del sitio.

Antxón se giró hacia mí y me pasó un papelito en el que había escrito: *Vaya borde*.

Mi amigo ya no se acordaba de lo difícil que había sido para él entrar en un colegio nuevo y no conocer a nadie.

Para no volver a decirle nada a Celia y que se sintiese más incómoda, agarré mi cuaderno y las cosas que tenía en la mesa y me senté en el pupitre de al lado. Así ella podría ver.



Aquel día salimos al recreo un poco antes. Normalmente, Antxón y yo jugábamos al fútbol, pero justo esa mañana llovía y nos quedamos charlando con las chicas debajo del porche de nuestra clase.

—Anda que la nueva... Qué aires se da, ¿eh? —comentó Antxón.

—Eso les ocurre a todos los nuevos, que parecen bordes, cuando lo que les pasa es que tienen una vergüenza horrible —le contesté yo mientras le golpeaba con los dedos en el pecho.

Él, precisamente, tenía que entenderlo, porque le costó muchísimo adaptarse a nuestro colegio.

—Es una creída —dijo Olivia, retirándose el pelo de la cara.

Ay, me encanta Olivia. Es la chica más guapa de la clase. Es de anuncio. No me puedo creer que sea mi novia. Bueno, no se lo cree nadie. Porque encima es lista, buena y simpática. Y yo, pues... La gente no me lo dice a la cara, pero sé que piensan que soy tonto, y un poco feo también. Fue más que nada por lo del incidente de los espaguetis... Que si vieséis la que me cayó... Además, también pasó lo del mono, y lo del cubo de basura, y lo de la... En fin, son cosas que pueden sucederle a cualquiera, aunque siempre me acaben pasando a mí. Yo no creo que sea tonto, es que tengo mala suerte. Lo de que soy feo, pues sí que es un poco verdad. Menos mal que soy alto.

Como veía a mis amigos un poco molestos, intenté hacer una gracia, para que se rieran un poco. Estaban demasiado serios.

—Podíais mord...

Iba a decirles que podían morder a Celia para convertirla en zombi, pero Antxón me lanzó una mirada con los ojos muy abiertos para que me callase.

Olivia no es zombi, y no sabe que Antxón y Noa lo son. Los dos se convirtieron porque, en un momento dado, algún miembro de su familia les mordió. Primero comenzaron a babear y a querer morder a todo el mundo, y luego cayeron en un letargo de días. Y, cuando se despertaron, estaban más o menos normales. Ahora son muertos vivientes, pero no como los de las pelis. Como ya os he contado, cuando se levantan parecen casi “vivos” y luego se van estropeando. Eso les ayuda a tener una vida corriente. Porque, cuando parecen normales, pueden ir al colegio como cualquiera de su edad. Luego ya, a eso de las seis de la tarde, se van a su casa, por si se les cae un ojo delante de alguien.

Ellos decían que era un rollo. Pero a mí, lo de poder colocarme los brazos en la cabeza a modo de cuernos, me compensaba todas las complicaciones. Por eso siempre les estaba pidiendo que me transformaran.

Por suerte, Olivia tiene clases de piano y de inglés y de teatro por las tardes, y nunca puede venir a nuestras casas. Así podemos jugar a arrancarles cachos del

cuerpo a Noa y Antxón y ponerlos en otros lados para que parezcan monstruos alienígenas. Un día le quité un ojo a Amaia, la hermana de Antxón, para ponérselo a Noa y que tuviese tres. Estaba monísima con tres ojos. Luego le coloqué los dos brazos saliéndole de las orejas, parecía un espantapájaros sin cuello. Fue divertido ver a Noa así, hasta que Amaia comenzó a bromear con que Antxón ya no querría ser su novio. Entonces, Noa se giró de pronto para preguntarle a Antxón si aquello era verdad y me arreó un bofetón con uno de los brazos, pero sin querer. A Amaia le hizo gracia, y por eso le dijo que yo también iba a dejar a Olivia, con lo cual, Noa se giró hacia el otro lado y le pegó otro bofetón a Antxón con la otra mano. Dejé de hacernos gracia cuando Noa se puso nerviosa porque no sabía de qué nos reíamos y comenzó a girar de uno a otro lado a toda velocidad. Ni siquiera nos sirvió lo de agacharnos, porque ella también lo hizo. En fin, que si algún día me reencarno, espero que no sea como saco de boxeo. No es nada agradable.

Pero Antxón y Noa no siempre querían jugar a “desmembrarse”.

—Claro, como no eres tú el que se queda sin piernas toda la tarde... —me decía Noa.

—Pues mordedme... Si lo estoy deseando —les respondía yo siempre.

No me hacían ni caso. Yo les insistía mucho, pero no querían morderme y convertirme en zombi. Primero, porque decían que no era tan divertido como yo creía, que olías mal, que cuando menos oportuno era, se te caía la nariz, la oreja... En fin, cosas de ese tipo. Yo sabía que lo del olor era tan solo una excusa, porque me pasaba todo el día con ellos, incluso cuando se habían podrido del todo, y no olía nada. Es verdad que Olivia a veces se quejaba de cierto hedor, pero yo creía que era cosa de ella, que es muy fina. Antxón dice que lo que pasa es que yo no tengo sentido del olfato.

El motivo real de que no quisiesen transformarme era que tenían miedo de que ocurriese algo inesperado. Por ejemplo, que, en lugar de convertirme en zombi, me pasase algo malo de verdad. Antxón y su familia mordieron a su abuela para transformarla y que fuese inmortal, y lo pasaron muy mal unos días porque parecía que se iba al otro barrio, en lugar de a la vida eterna. Así que intentaban no morder a nadie, por si las moscas. Pero, bajo mi punto de vista, se pasaban de prudentes.

Además, por lo que contaban, tampoco sabían muy bien por qué se habían convertido en zombis. Me

refiero a que nadie sabía quién fue el primer zombi ni por qué se desencadenó todo. Su origen era un misterio.



Aquel día, en el recreo, hubiera dado cualquier cosa por ser zombi. En eso pensaba cuando, de pronto, como un enjambre de abejas, todos los niños que estaban bajo el porche protegiéndose de la lluvia, se amontonaron al lado de la puerta de clase.

A los cuatro nos llamó la atención, así que nos acercamos a ver qué pasaba. Parecía que regalaban algo, y así era. Celia, la nueva, estaba repartiendo galletas de chocolate a todos.

—Cuidado, no os empujéis, que hay una para cada uno.

Celia iba dando las galletas a cualquiera que se acercase. En clase somos veintisiete, así que era muy generoso por su parte darnos una a cada uno. Se iba a quedar sin ellas.

—¿Veis como solo es tímida? —les susurré a los demás mientras me ponía en la fila—. Ahora la pobre está repartiendo galletas para hacer amigos.

Los dos niños que quedaban delante de mí consiguieron su galleta y se hicieron a un lado. Me acerqué a Celia poniendo mi mejor sonrisa y saqué un paquete de chicles que mi madre me había comprado el día anterior.

—¡Qué ricas! Te cambio una de tus galletas por un chicle —le ofrecí, agitando el paquete.

—Mira qué vivo —dijo Celia sonriendo—. Como si una galleta hecha por mí valiese lo mismo que un chicle comprado.

—¿Vivo? —pregunté yo, porque sí que estoy vivo, pero me pareció un poco raro que lo comentase.

—Sí, muy listo, ¿sabes? —dijo Celia mirándome de arriba abajo.

—Claro, ¡es Rober el Vivo! —empezaron a gritar mis compañeros.

—Superinteligente —siguió Celia, riéndose con los demás.

Miré a mi alrededor. Mis compañeros de clase se reían con Celia, pero yo no pillaba la gracia.

—‘Vivo’ significa inteligente y avisado —me aclaró ella, poniéndose seria unos segundos y volviendo a reír.

Era todo un poco raro, pero me fui de allí sonriendo. Era la primera vez que alguien opinaba que yo era inteligente.

—¿Veis? —les dije a mis amigos—. ¿A que es simpática?

Olivia me agarró y me puso de espaldas a Celia y a los demás compañeros, formando un corro con Antxón y Noa.

—Lo tiene todo: es bajita, es de *Sanse*, el pueblo enemigo, y es una marisabidilla —comentó Olivia, bastante enfadada—. No te estaba llamando vivo porque te considere inteligente. Un 'vivo' es un listillo que se aprovecha de los demás. Se estaba riendo de ti.

Nunca había visto a Olivia así de disgustada. Antxón y Noa se quedaron mirándome, superserios. Eché la vista hacia atrás, hacia Celia y mis compañeros, pero el gesto les volvió a hacer gracia y comenzaron a reírse de nuevo.

Olivia me agarró de la mano y Antxón y Noa empezaron a hablar de una serie de televisión sobre zombis que era una patata. Nunca les gustaban las series de zombis, decían que no reflejaban su realidad.

Sonó el timbre para volver a entrar en clase. Yo seguía con la galleta en la mano. Vigilando que Celia no me mirase, lancé la mía a la papelera. Por nada en el mundo quería que Olivia se enfadase conmigo. “¿Estará celosa porque la nueva me ha piropeado?”, me pregunté mientras volvíamos a entrar en clase.



Al día siguiente, solo fuimos a clase mis amigos, Celia y yo. Los demás compañeros se habían puesto enfermos, según nos dijeron. Una indigestión de galletas, nos aclaró la profesora.

—Qué raro que Celia no se haya puesto mala también —comentaba Noa durante el recreo—. Debería ser la que peor está, y mírala —dijo, señalándola con la cabeza.

Celia estaba tan fresca. En el recreo no se quedó con nosotros, fue a sentarse al lado de una canasta y miraba cómo otros niños del cole jugaban al baloncesto. La vimos sacar una bolsa de galletas de la mochila, pero ese día no le ofreció a nadie. “Los remordimientos”, pensé.



El primero en volver a clase, un mes después de caer todos enfermos, fue Marco, con el que no me llevo especialmente bien, porque siempre me elige el último cuando toca hacer equipo de fútbol; pero tampoco me

llevo muy mal, porque me elige el primero si jugamos al baloncesto. Así que, cuando le vi entrar por la puerta, me limité a saludarle con la mano. Él me respondió levantando un poco la cabeza y, en lugar de sentarse en su mesa de siempre, que está al lado, se alejó todo posible y ocupó un pupitre en el lado opuesto de la clase.

Miré a Antxón, que me puso cara de no entender nada. A lo mejor no quería acercarse a Celia, que se sienta justo detrás, por lo de las galletas. De todas formas, me pareció muy raro.

En fin, que cuando llegó la hora del recreo, Marco salió corriendo de clase sin dirigirnos la palabra y fue a sentarse al otro lado del patio, apoyado en la valla de la zona de los pequeños.

—Está más raro que un perro verde —comentó Noa cuando salimos por la puerta.

—Vamos a hablar con él —les propuse a mis tres amigos.

Celia salió detrás de nosotros.

—¿Una galleta? —nos ofreció mientras cruzaba la puerta.

—No, gracias —contesté yo, con mucha educación.

Los demás ni se dignaron a responder, solo la miraron con cara de pocos amigos.

—Estáis paranoicos —dijo mientras hacía un gesto de resignación con los hombros y se alejaba hacia la canasta, donde pasaba los recreos sentada desde que todos los demás enfermaron.

Tampoco es que hubiese hecho un intento real de acercarse. Solo nos ofrecía las dichas galletas de vez en cuando, y nosotros, por supuesto, las rechazábamos siempre. Yo me quedé pensando en la palabra 'paranoico'. Celia siempre utilizaba ese tipo de palabras. A mí me encantaban, porque eran de persona inteligente y culta, pero nunca me salían. Tendría que apuntármela en algún sitio y utilizarla de vez en cuando, que así es como se aprende a hablar bien y a ser más inteligente, según me había dicho mi madre.

—Vamos a hablar con Marco —comentó Olivia, tirándome de la manga hacia el otro lado del patio.

Tuvimos que esquivar varias veces a los que jugaban al fútbol. Marco estaba sentado tan tranquilo, no nos había visto acercarnos.

—Hola, colega —solté a dos metros de él, para no pillarle por sorpresa.

—¡Ah, hola! —dijo, levantándose y sacudiéndose las manos que había apoyado en el suelo.

Se le notaba muy nervioso.

—Qué raro está —comentó Antxón por lo bajini.

—¿Qué tal todo? —preguntó Noa cuando llegamos a su lado.

—Bueno, todavía un poco regular —dijo antes de llevarse las manos a la barriga—. De hecho, me vais a tener que disculpar —murmuró con cara de apuro y echando a correr hacia el cuarto de baño.

—Pues sí que debe de estar malo... —comentó Noa.

—A lo mejor se ha alejado de nosotros por lo que nos pudiésemos oler —soltó Antxón, haciendo una pedorreta con la boca.

Y los cuatro nos echamos a reír.

“Pues sí”, pensé. “A lo mejor lo que le pasa a Marco es que no puede controlarse en clase y por eso se ha sentado solo y lejos de los demás. Así, si se le escapa *algo*, no molesta a nadie”.



Al día siguiente apareció Candela. Fue un poco más amable que Marco y, aunque se sentó también lo más lejos posible, cuando salió al recreo estuvo hablando un rato con nosotros.

—¿Sigues enferma? —le preguntó Olivia con cara comprensiva.

—Bueno, es que ha sido la peor gripe de mi vida —contestó Candela.

—¿Una gripe? —Noa había formulado la pregunta que nos hacíamos todos.

—Sí, he estado fatal. Con unos mocos... De hecho, creo que me sube la fiebre o algo. Me voy a meter en clase a sentarme un rato. Luego nos vemos.

Los cuatro nos quedamos mirando cómo volvía a entrar en clase.

—Esto es muy raro. Pero que muy raro —dijo Olivia—. ¿Todos se ponen malos y cada uno de una cosa diferente?

—A lo mejor es coincidencia —comentó Antxón.

—No sé, me parece muy extraño. —Noa pensaba lo mismo que Olivia.

—Estáis *parazoicas* —les dije a las chicas.

Ellas me miraron y se echaron a reír. No sé qué les hizo tanta gracia, la verdad.



Al tercer día, el que volvió a clase fue Hugo. Entró justo cuando la señorita Olga había comenzado la lección y,

al cruzar el aula para sentarse en la otra punta, todos nos dimos cuenta de que traía dos chaquetas, gorro, guantes y estaba sudando como un pollo.

—Alucino —susurró Noa, que se había girado para mirarnos.

Aquello no era normal. Allí estaba pasando algo.

Antxón me pasó una notita:



*En el recreo vamos a  
hablar con Hugo*

Le miré y asentí con la cabeza. Había que hablar con ellos y destapar aquel misterio.



Las dos horas que pasaron hasta que llegó el recreo se hicieron eternas, pero por fin sonó el timbre.

Les dijimos a las chicas lo que íbamos a hacer y les pedimos que no viniesen. Antxón había pensado, y yo creía que podía tener razón, que se estaban inventando enfermedades porque no a todo el mundo le gusta reconocer que está malo de la tripa. Podía ser. Para

evitar que sucediese eso con Hugo, era mejor que las chicas no estuviesen delante.

—Hola, Hugo. ¿Cómo andas?

—Ho... la...

Hugo tartamudeaba, cuando normalmente era uno de los chicos más decididos de la clase. Nunca se había atascado de esa forma al hablar con nosotros. Estaba claro que allí había gato encerrado.

—Chicos, me gustaría charlar un rato con vosotros, pero tengo una urgencia...

Y según nos lo dijo, salió disparado hacia los baños del colegio.

—Vaya, otro que va apurado —comenté, porque la escena me había recordado mucho a la de hacía unos días con Marco.

Bueno, al menos había quedado claro que, fuese lo que fuese lo que les sucedía, tenía que ver con la tripa.

—¡Qué va! Era una excusa para no hablar con nosotros —dijo Antxón—. Vamos, Rober.

—No, hombre, no. Hay cosas que se hacen en privado.

—Pero ¿qué dices? ¡Que no ha ido al cuarto de baño porque tuviese un apretón! ¡Que lo que está haciendo es esconderse!

Antxón tiró de mi manga por todo el patio y me empujó a la fuerza hacia los lavabos. Allí estaba Hugo, de pie, sin hacer nada. Cuando nos vio, abrió uno de los grifos y empezó a echarse agua en las manos.

—Otra vez vosotros... —dijo con tonillo de cansancio.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan raro? —le preguntó Antxón, así, a bocajarro.

—¿Yo? ¿Raro? —contestó Hugo, metiéndose en uno de los cubículos mientras nosotros le seguíamos.

—Pero ¿qué haces? ¡Que te estamos hablando! —insistía Antxón.

Yo tenía claro que había que dejar a Hugo en paz. No es no, pero Antxón no opinaba lo mismo, pues empujaba la puerta del cubículo, tratando de abrirla, mientras Hugo, del otro lado, hacía fuerza para cerrarla.

—¿Pero queréis dejarme en paz?

—¡No! Dinos qué ocurre y te dejamos tranquilo —insistía Antxón.

Yo empecé a tirar de mi amigo.

—Déjale, hombre. Empiezas a parecer el matón del cole... —le dije para que se diese cuenta de que resultaba bastante amenazador.

—¡Que no! ¡Que aquí está pasando algo que no quieren contarnos! —Antxón seguía empujando la puerta.

Intenté sacar a Antxón de allí porque veía que no iba a dejar en paz al pobre chico, pero no me di cuenta de que, por una pequeña rendija que mi amigo consiguió abrir a empujones, Antxón había agarrado a Hugo por el brazo. Tenía que haber sido más cuidadoso, porque el pobre Antxón, como buen zombi, tiene cierta tendencia a perder partes del cuerpo, pero la situación era tan tensa que ni me acordé. Así que no se me ocurrió otra cosa que dar un tirón muy fuerte para alejarle de allí. Total, que uno agarrado al otro y yo tirando de ellos, los tres salimos disparados hacia el cubículo de enfrente.

Yo me di en la cabeza y Hugo y Antxón cayeron sobre mí.

—Quitaos de encima —suplicaba yo—. Por favor, dejadme respirar...

Los dos trataban de incorporarse, y en el intento me pisaron las manos, me apretaron la barriga y me tiraron del pelo.

—Ay. Oy. Uy. Ahhh. ¡Salid de encima de una vez! —les acabé gritando.

—Lo siento, Rober —se disculpaba Hugo, muy agobiado.

—Perdona. A ver, quita esta rodilla —le decía Antxón, tratando de liberarme.

Al final, los dos se quedaron de pie mientras yo, todavía en el suelo, valoraba los daños en mi cuerpo.

—Venga, anda, levanta —dijo Antxón, ofreciéndome su mano.

Bueno, eso fue lo que intentó. Lo que pasa es que se había quedado sin brazo en el forcejeo y allí no había nada que agarrar.

“La que he liado”, pensé. Miré a Hugo para ver si se había dado cuenta, pero estaba de espaldas y miraba hacia la zona de los lavabos con cara de terror. Me imaginé lo que estaba viendo: el brazo de Antxón.

Me levanté como pude y me acerqué a Hugo:

—Tranquilo, podemos explicarlo...

Y entonces vi lo que estaba trastornando realmente a Hugo. De una de las papeleras, como si fuesen dos paraguas puestos a secar, sobresalían dos brazos humanos. Por el reloj de la muñeca, me di cuenta de que uno era el de Antxón... Pero ¿y el otro? Miré a mi amigo; solo le faltaba un brazo. Me miré los míos; los tenía intactos.

Entonces... el otro... era de... ¡Hugo!

Este nos miraba horrorizados.

—Lo puedo explicar... lo puedo explicar... —No hacía más que disculparse.

—No tienes que explicarnos nada —le dijo Antxón, agarrándolo por el hombro con la mano superviviente—. Sabemos que eres zombi... como yo.



Hugo comenzó a contarnos, con todo lujo de detalles, cómo se había convertido en muerto viviente.

—Lo peor es que mordí a toda mi familia en el proceso. Así que ahora todos somos zombis. Me alegro mucho de que vosotros dos seáis zombis también, así no me sentiré tan solo.

—Bueno, yo todavía no lo soy —le aclaré—. Pero en un futuro me gustaría serlo.

—Creo que sé cómo te convertiste en zombi —dijo Antxón.

—¿Sí? —exclamó Hugo con un gritito.

—Rober, mientras yo le cuento un par de cosas sobre la transformación y cómo arreglárselas con el brazo, ¿por qué no vas a decirle a Noa que entretenga a Olivia? Nosotros vamos a clase, a buscar cinta adhesiva, y a Candela y a Marco, que probablemente tengan el mismo problema.

—Entendido —contesté yo.

—Ten cuidado, que Olivia no sospeche nada.



Salí corriendo del cuarto de baño. Me acerqué hasta donde estaban Olivia y Noa, y aparté un poco a Noa para decirle que tenía que entretener a Olivia, que luego se lo contaríamos todo.

—¿Qué sucede? —preguntó Olivia, un poco mosqueada porque la excluyese de la conversación.

—Nada, nada... Antxón me ha pedido que le dijese una cosa solo a Noa —intenté arreglarlo.

Olivia ni me contestó. Supongo que no se lo creyó, pero yo no tenía tiempo para más explicaciones.

Las dejé allí en el recreo y me fui a clase. Dentro estaba Antxón, hablándoles a nuestros tres compañeros mientras se ponía cinta adhesiva a la altura del hombro.

—... Y le doy tres vueltas así y luego pongo el brazo justo debajo para que quede bien sujeto.

Los tres lo miraban con cara de no creerse lo que estaban viendo. Hugo agarraba bien su brazo para no perderlo.

—Bueno, chicos. Ahora que ya ha llegado Rober, os quería contar que sé cómo os habéis convertido todos.

Sonó el timbre que anunciaba el fin del recreo. Antxón se puso la sudadera rápidamente para taparse el hombro vendado.

—Esta tarde, después de comer, nos encontramos al lado del patio de los pequeños. Os explicaremos todo. Olivia no sabe nada, así que tendréis que esperar a que se haya ido.

—Pero ¿sabes por qué nos ha pasado esto? —le preguntó Candela mirando de reojo la puerta de la clase, preocupada por si entraba alguien.

—Sí, creo que lo tengo claro. Fue por culpa de las galletas; de las galletas de Celia.





DOS

*La monstrúa de las galletas*



Ya en el patio, los nuevos zombis no se callaban. Las palabras de Antxón les había sorprendido mucho. Se preguntaban los unos a los otros y, de paso, a nosotros: “¿Comenzó esa tarde? ¿Tú también le mordiste a tu madre? ¿Cómo se disimula el olor a pocho...?”.

—No, lo del mal olor es un mito —les decía yo.

—¡Que no! Que es verdad. A medida que pasa el día os iréis pudriendo. Perdón, perdón, que ahora decimos 'descomponiendo', que es políticamente más correcto —me corregía Antxón.

—¡Nooooo! ¡No quiero oler mal! —exclamaba Marco, que es un chulito y le gusta oler bien para que las chicas le miren.